

para evitarlo, imploraron llorando y de rodillas las familias de los voluntarios les dejaron en paz que ya les convencerían después que no hicieran armas contra los carlistas, «á cuyas instancias, dijo Tristany no podía acceder, porque su dignidad y posición, y, mas que todo, el inmenso amor que siempre profesó á sus soberanos, no permitían quitarle al rey un día tan señalado de gloria que la Providencia le había proporcionado.» Propuso, sin embargo, nuevo parlamento, y desechado, se incendió el templo con petróleo, quedando convertido en poco mas de una hora en una horrible hoguera. Retiráronse los esforzados voluntarios á lo mas elevado de la torre, en la que se abrió brecha para que el humo y el fuego pudieran propagarse; y cuando creía que todos habían ya perecido, si no abrasados, asfixiados, se me dió aviso de que se oían conmovedores lamentos de confesion y misericordia, en vista de cuyo fatal estado reuní en seguida consejo de jefes, y deliberando acerca de lo que debía resolverse, se acordó por unanimidad que me constituyera en el sitio de la catástrofe á explorar la voluntad de mis voluntarios indignados, no solo por lo rudo del ataque é insultos proferidos á estos y á mi persona, sino por la reciente dolorosa impresion que les causara la muerte de cinco voluntarios asesinados, que unidos fueron sorprendidos en la villa de Alos por los republicanos... Tiempo tenían, sin embargo, los desgraciados de la torre para morir, con tanto preliminar para conceder confesion y misericordia á los que la pedían; no la negaron los voluntarios consultados en esta ocasion, que estuvieron mas solícitos que su jefe en salvar aquellas vidas que pendían de cortos momentos: se les empezó á bajar con una maroma, siendo el primero un niño de 7 á 8 años, que se acercó solícito á Tristany, á quien se le caían las lágrimas, segun él mismo dice.

La marcha de Tristany de Gerri á Sort siguiendo el Noguera Pallaresa, la señaló con algunos incendios; Galcerán falleció de las heridas recibidas en un encuentro con las fuerzas de Vega, y Berga cayó al fin en poder de los carlistas, que cometieron punibles excesos é incendiaron algunas casas (1). Justa fué la sumaria formada al comandante militar de la plaza señor Morales, que tuvo la tropa encerrada en el cuartel, sin mandar socorros á ninguna parte, ni á los voluntarios francos y del pueblo con unos cuantos soldados, que hicieron la defensa, y los reclamaron varias veces; llegando á tal extremo la conducta de aquel jefe que, cuando unos cuantos oficiales trataron de proveer por su parte á la defensa, abrió á los carlistas las puertas del cuartel, donde ya se habían reconcentrado todas las tropas, que desmoralizadas por la conducta de su jefe fueron desfilando y entregando las armas. Si la plaza se hubiera defendido 24 horas, como pudo hacerlo, habría sido socorrida. Hicieron los carlistas 500 prisioneros, de los que fusiló Savalls á los voluntarios de la libertad (2), y se apoderaron de 1,600 fusiles y 360 cajas de municiones.

Actos de verdadera audacia, ejecutados con pasmosa celeridad, fueron los anteriores triunfos, que pudieron impedirlos algunas columnas operando mas activamente. No podia ha-

(1) Don Cárlos concedió una medalla con su busto en el anverso y esta inscripcion: Berga 27 de marzo de 1873; en el reverso las barras de Cataluña y la cruz, con la leyenda al rededor de Dios, Patria y Rey.

El general Contreras, en su parte oficial, atribuye «á traicion del comandante militar señor Morales la rendicion de la villa, que no podia ser otra cosa por lo que se prestaba á la defensa, por encontrarse en anfiteatro y dominada por la fortaleza que evita los ataques por la parte alta; todo su recinto fortificado convenientemente para resistir á las facciones, que no cuentan sino con un mal cañon de hierro, calibre de 4; que no se habia defendido sino unas cuantas horas, cuando tenia un gran repuesto de municiones y una guarnicion de 450 á 500 hombres, capaz no solo de defenderse, sino de atacar y vencer á los carlistas que aquí se presentaron que no fueron mas que unos 700»....

(2) Efectuóse el fusilamiento de aquellos desgraciados entre el Pont de Raventí y Guardiola, indignando á muchos de los mismos carlistas; y don Alfonso, no queriendo aparecer responsable de un hecho del que ni siquiera tenia conocimiento, acordó poner en libertad á todos los prisioneros sin excepcion de clases ni procedencias. Esto produjo la espontánea iluminacion con que fué recibido don Alfonso y su esposa en San Quirse de Besora, y el que acudieran el día siguiente las señoras á besarle la mano.

cerse este cargo al incansable Cabrinetty, pero tenia que luchar con la indisciplina de su gente. Presentósele en Bañolas el brigadier Martínez de Campos, no menos activo, el cual habia dejado en Besalú las fuerzas con que operaba, y al saludarle los jefes y oficiales de la columna Cabrinetty les estimuló á restablecer la disciplina, separándose Campos para proseguir las operaciones; mas tambien tuvo que lamentar en su gente lo que recomendaba corregir en la de Cabrinetty; pues si no llegó á tiempo de salvar á Ripoll, se halló con los carlistas en Campdevanol, y otro quizá hubiera sido el resultado del encuentro sin la indisciplina de su tropa, á la que ni alentó el ver los extraordinarios esfuerzos de valor personal del jefe que perdió su caballo. Sin esta indisciplina de las tropas se hubiera salvado Berga, como lo intentaron Cabrinetty y Martínez de Campos, que se unieron en Prats de Llusanés; y lo habrían conseguido á ser la defensa como esperaban, pues emprendieron la marcha en la madrugada del 28, y al dar vista á la villa á las diez de la mañana el comandante Martorell que mandaba la extrema vanguardia, supo la entrada de los carlistas, lo avisó, penetró en el pueblo y rebasándole, empezó á tirotearse con ellos, que se retiraron después de un vivo fuego de fusilería y de cañon que duró tres horas. Los liberales que persiguieron á sus enemigos, regresaron á Berga, á donde tambien llegaron otras columnas en no muy buen estado de disciplina: llevaban algunos soldados en vez del ros gorros catalanes.

Marchando al día siguiente las fuerzas de Campos y de Cabrinetty para Vidrá, los soldados del regimiento de América se insubordinaron con fútiles pretextos, á los que en vez de acceder Campos, mostróse enérgico, impuso silencio, y continuaron la marcha.

No era todo esto mas que débil demostracion del estado en que se iba poniendo Cataluña. Exaltados los ánimos, exacerbadas las pasiones, se cometieron punibles excesos hasta en los templos y con inofensivos sacerdotes: alarmó al gobierno y al país; se desconfió de Contreras, á quien faltó la suerte en la campaña y el tacto en la política, y se vió precisado á dimitir el mando que ejercía, reemplazándole el general Velarde. Dió este á conocer el suyo diciendo á los catalanes que su mision podria ser superior á sus fuerzas, pero no á su voluntad; les pedía una tregua para que le juzgasen, y su cooperacion; que su primer deber era restablecer la disciplina, y que la ordenanza regiria en lo sucesivo con todos sus deberes y derechos, para abrir inmediatamente una campaña ordenada, metódica, y tan activa cuanto lo permitieran las fuerzas del soldado. Empezó á cumplir su palabra y á hacer que la ordenanza rigiera. A este fin fué á Manresa y consiguió algun resultado con amonestaciones y prisiones.

Nuevos actos de vandalismo comete la gente de Tristany y de Vallés destruyendo el ferro-carril al dirigirse á Igualada, quemando casillas de guardas y apoderándose de 19,000 duros procedentes de varios comerciantes de Barcelona, devueltos por mandato de don Alfonso; libran los soldados de San Fernando á dos sacerdotes de una muerte segura; efectúanse algunos pequeños encuentros, y estimulados los carlistas con el buen éxito obtenido en Ripoll y Berga, resolvieron apoderarse de la antiquísima villa de Puigcerdá, de mas de 2,000 habitantes, que habia conquistado en 1837 el dictado de Heroica resistiendo á numerosas huestes carlistas. Amenazada por Savalls se aprestó á la defensa, y cuando después de las conquistas de Ripoll y Berga, presintió la villa verse acometida, insuficientes las armas que habia concedido el gobierno, pidió mas inútilmente, se fortificó y municionó con sus propios recursos, con el producto de una suscripcion se compraron dos piezas de artillería; se vendió un trozo de terreno comunal para robustecer la línea de defensa; se preparó esta ordenadamente contando la villa 377 hombres armados, y al amanecer del 10 de abril, Jueves Santo, campanas y cornetas anunciaron la llegada de los carlistas, 1,200, guiados por Savalls. Ocuparon las casas de campo, quintas y huertos inmediatos, y del arrabal de las Monjas, comenzó el fuego, intimó Savalls la rendicion en el término de treinta minutos, declinando la responsabilidad de las consecuencias, no obtuvo contestacion, atacaron los carlistas impetuosamente, asaltando huertos, se

hizo el combate encarnizado por la proximidad á que se peleaba, aproximábanse los agresores á pecho descubierto, siendo reemplazados súbitamente los que caían sin vida; hubo puntos en los que la lucha fué homérica; inútiles las armas de fuego en la defensa de la casa Descallar, se demolió la escalinata que conduce al patio, y se desempedró el pavimento, con cuyos materiales se logró desalojar á los carlistas de la calle que ocupaban, en las tapias inmediatas á la casa Traver se recurrió á igual titánico esfuerzo para arrojarlos de las importantes posiciones á que habian llegado, y derribados á pedradas y á bayonetazos de los últimos baluartes que les faltaba salvar para penetrar en la villa, comprendieron la dificultad, sino imposibilidad de vencer tan denodada resistencia, sin que por esto menguara su decision temeraria, aunque menos audaz, en algunos puntos. Intentaron asaltos, efectuaron embestidas, en todas partes se vieron rechazados, apelaron al incendio, destruyeron talleres, casas de miserables familias, llevaron tambien el petróleo á la puerta de la villa, lo cual hacia el peligro inminente, pues reducida la puerta á cenizas, la gruesa pared que se habia levantado á toda prisa detrás de ella, debía derrumbarse por la rápida bajada que forma á su salida, y entonces era imposible detener el ímpetu devastador de aquel torrente de sitiadores ávidos del rico botín que les prometió Savalls; pero supieron hacer frente á aquel peligro; mientras unos se batian, otros valientes, despreciando la vida, levantaban una colosal barricada en sustitucion de la puerta que se abrasaba, y gracias á cuanto se hizo, ayudando las mujeres, se extinguieron las llamas de la puerta, que quedó convertida en carbon, sin que llegara á desplomarse y tuvo que retirarse la caballería carlista preparada para entrar. Tambien impidieron los sitiados la construccion de minas que empezaron los sitiadores, que no perdonaron medio alguno para apoderarse de aquella liberal poblacion, cuyos defensores estaban resueltos á sepultarse entre sus ruinas. De este extremo les salvó la columna Cabrinetty, que hizo retirarse á los carlistas al amanecer del 11, dejando abandonadas y comprometidas á dos ó tres compañías que lograron salvarse.

Cabrinetty acudió desde Olot forzando la marcha, en medio de un deshecho temporal, llegando de noche á Rivas después de diez horas de jornada. Ocupado este pueblo por Vila de Prat para impedir el paso de la columna, le tomó el liberal á la bayoneta, merced á la rapidez y arrojo con que fueron obedecidas sus órdenes, y continuó su camino sufriendo el fuego que los desalojados de Rivas iban haciendo á retaguardia para entorpecer la marcha; pero interesaba llegar á salvar la villa, y siguió por Dorriá, porque en Tosas habia otra partida emboscada. En esta penosísima jornada se atravesaron ventisqueros con nieve á la cintura, ayudando voluntariamente los soldados á los artilleros de montaña á sacar las piezas y material del arma, en brazos, y hasta los mulos. Esta columna fué recibida en Puigcerdá con justa y verdadera ovacion, abrazándose paisanos y soldados.

Después de tres días de descanso, continuó Cabrinetty operando, se encontró en las inmediaciones de Besora un hospital de sangre carlista, con 6 heridos y 60 camas, peleó después con Savalls y Vila de Prat obligándoles á abandonar sus excelentes posiciones en la falda de la montaña de Monsech, persiguiéndoles; mas todos estos hechos no disminuían la importancia de los carlistas, pues en cuanto veían desaparecer á Cabrinetty de la provincia de Gerona, bloqueaban á Olot, Tortellá y Besalú, á la vez que Velarde ordenaba que en el improrogable término de seis días se cerraran todas las casas de campo de los distritos de Berga, Manresa, Vich, excepto el llano, Villafranca de Panadés, Figueras, Olot, Rivas, menos la Cerdaña y Santa Coloma de Farnés, tapiándose las puertas y ventanas y retirándose los habitantes con los víveres á los pueblos inmediatos. Fundábase esta providencia en la proteccion que recibían los carlistas de la poblacion rural, y aunque ya se habia practicado tal medida con algun éxito en el Maestrazgo, produjo ahora tantas quejas y reclamaciones que no pudo cumplimentarse.

La indisciplina se declaró nuevamente en algunas tropas en Manresa; con ayuda de otras la reprimió Velarde; pero desaprobó el gobierno las medidas que para castigarla propuso

el general, y este quedó desprestigiado. En Prats de Llusanés y en otros puntos cundió el contagio de una manera alarmante: no se podían hacer obedecer los jefes á los que se denigraba, se cometían punibles excesos y se hicieron algunas tropas tan temidas como los carlistas. Estos aprovechaban la deplorable situacion del ejército para efectuar atrevidas algaradas. Perseguiánes los jefes liberales, que á contar con la subordinacion de su gente hubieran tenido mas importancia que la que tuvieron algunos encuentros. Avisaba el alcalde de Esparaguera que los carlistas ocupaban el Bruch y amenazaban su villa, resuelta á defenderse; Vallés atacaba al pueblo de Secuita, defendido por sus voluntarios; en Pallaresos secuestraban los carlistas á concejales y propietarios por no querer pagar las contribuciones, ejecutando los mismos actos en otros puntos; Savalls, obrando por su cuenta, si no obtenía triunfos evitaba derrotas; fué buena la retirada de Arbucias el 2 de mayo; publicó el 11 una enérgica proclama, de estilo no muy culto, para que todos acudieran á las armas; entró por sorpresa á los dos días en Mataró, pidiendo 30,000 duros á la villa por los liberales que secuestró, y mas afortunado Martínez de Campos que la columna de Vallés, corrió en busca de los secuestradores, hollóles en Monseny, rescató los secuestrados y evitó llegara á poder de los carlistas la gruesa cantidad que de Mataró les llevaban.

Las sorpresas que efectuaban aquellos en algunos pueblos no servían de escarmiento; y si podía servir de alguna disculpa lo repentinamente que cayó sobre Sanahuja en la tarde del 17 un grupo de los que mandaba Tristany, es inexplicable que poco antes por opuesto lado se presentase la caballería liberal, se alojara y entregara al descanso, como la guarnicion, hasta que dos tiros y algunos gritos de ¡la faccion, la faccion! infundieron la alarma, invadidas ya algunas calles por los carlistas y tomadas las avenidas. Hubo la desgracia de que aquellos cogieran y fusilaran al que llevaba un parte del coronel de caballería para que se le unieran dos compañías de voluntarios movilizados de Almatret y Mayals. Rompieron los carlistas el fuego desde el castillo que domina el pueblo; se defendieron los voluntarios desde sus mismos alojamientos; la caballería de Calatrava intentó inútilmente y con pérdidas, pasar el puente, y tuvo que volver á sus alojamientos para en ellos defenderse.

Ni la noche, ni el gran temporal de agua que sobrevino, hizo desistir á los carlistas, que avanzaban de casa en casa abriendo boquetes, acosando así, y con el incendio á los liberales, que tenían que rendirse los que no podían escapar; siendo algunos de estos cazados como conejos y sacrificados muchos de los rendidos aun bajo la salvaguardia de la palabra de indulto, y en situacion tan crítica como la del jefe de la caballería, que habiéndose arrojado por una ventana por no car en manos de sus enemigos, rompióse piernas y brazos, y en tan deplorable estado recibió una descarga que le hirió de gravedad, y quedó prisionero.

Dueños los carlistas de Sanahuja, donde contaban con grandes simpatías y no satisfechos con la sangre que se habia derramado, en las once horas que duró el combate, y de las víctimas tan inútilmente sacrificadas, aun fusilaron á 24 de los prisioneros, llevándose á unos 50.

Para rescatarlos se movieron algunas fuerzas, y considerando Velarde mas eficaz levantar un somaten general, pedido por algunos, que lo preferían á cerrar las casas de campo, le ordenó el 18 de mayo desde Montblanch, obligando á unirse á las columnas á todos los hombres de 14 á 60 años, llevando las armas blancas ó de fuego que pudieran proporcionarse (1): todo fueron dificultades, y el somaten no se llevó á cabo. Para impedirlo ordenó Savalls en Sellera el 23, que «todo individuo ó corporacion que levantase somaten seria castigado con pena de la vida, y que desde aquella fecha podían circular todos los periódicos.» El poder carlista se ponía frente á frente al liberal, y era aquel mas obedecido, porque Savalls podia ejecutar castigos imposibles á Velarde. Aun para la cobranza

(1) Los alcaldes de los pueblos debían tener un repuesto de cinco raciones de pan por cada vecino y socorrer á los individuos de los suyos con 6 reales diarios.

de contribuciones apelaban los carlistas á medios vedados á los liberales, y donde por su gran poblacion no podian hacer aquellas efectivas, bloqueaban los pueblos.

Si no hubiera sido bastante funesto para los carlistas del Maestrazgo y Aragon el desastre que experimentaron en Santa Cruz de Nogueras, sufrieron otro en Castell de Cabres, terrible por la muerte de su comandante general don Joaquin Ferrer. Perseguido Cucala tuvo que correrse á la provincia de Castellon, donde fué hostilizado por Villacampa, que hizo pasar malos ratos al carlista, y se impuso á los que de la provincia de Tarragona pasaban el Ebro para merodear á su derecha, atacando á Gandesa y otros puntos: fué derrotado Polo en Castell de Cabres, Cucala neutralizó su triunfo sobre Alcalá al ser desalojado á la bayoneta del encumbrado Culla por la columna del coronel Sagasta, y si Polo efectuó ataques como el de las Porras y Suco, volviendo despues con el Negro de Forcall, les rechazaron los voluntarios movilizados.

La parte de Aragon limítrofe con Cataluña se vió invadida por Vallés, Tristany y Nasarre; entraron en Tamarite y Benavarre, haciendo exacciones, cogiendo rehenes, quemando los libros del registro civil y algunas causas pendientes en los juzgados; sorprendidos en Arou se les obligó á dividirse y tomar distintas direcciones; volvió Polo á chocar en término de Zurita, despues de haber penetrado en Benasal, y lo hizo posteriormente en Aguaviva.

Grandes esfuerzos se hacian en Valencia y aun en Alicante y Murcia para formalizar anteriores movimientos; pero tuvo que disolverse la partida de Roche despues de ser batida en el monasterio de Santa Ana, término de Jumilla y en Hoya-hermosa; la formada en las inmediaciones de la ciudad del Cid por Lopez, fué derrotada en Losa del Arzobispo; otra batida en Azebar; se activó la persecucion, y á fines de abril muchas de las partidas de Polo, Cucala y Ferrer—don Vicente—solicitaban indulto, siendo notable el número de los presentados desde la accion de la Galera. Disolvieronse las partidas de Ferrer y de Pablo Rico, presentándose 26 de esta con armas, en Pinoso.

Habiase dado á conocer por este tiempo un nuevo partidario, don Tomás Segarra, quien poniendo un sustituto para que sirviera por él en la guardia civil, presentóse á don Cárlos, le confirió el empleo de alférez destinándole á contribuir al movimiento del Maestrazgo, peleó en diferentes encuentros y á la muerte de Ferrer quedó de comandante general su sobrino don Vicente, y Segarra de segundo jefe, á cuyo puesto le habian elevado sus merecimientos. Disueltas á últimos de marzo casi todas las partidas que recorrían el Maestrazgo, indultándose unos y ocultándose otros, marchó Segarra á Cataluña á exponer á don Alfonso la situacion de los carlistas en aquella parte oriental de España, le ordenó repasase el Ebro y participara á todos los jefes ocultos, salieran otra vez á campaña para llamar la atencion de las tropas liberales á fin de que no se dirigieran todas á Cataluña; lo cumplió Segarra, y no pudiendo conseguir alentar á sus compañeros, se decidió á operar solo formando una partida de seis hombres, con los que empezó su campaña.

Ni en Velez-Málaga, ni en Bobadilla, ni en el valle de Lecrin, ni en las Alpujarras, tenían importancia las partidas que se levantaron; seguian siendo inútiles los esfuerzos que se hacian en Andalucía, así como en Extremadura, cuya comandancia general se confirió á Sabariegos, hasta que fué trasladado á Galicia, reemplazándole don Manuel Mergeliza; cargos mas bien honorarios que efectivos, porque no tenían fuerzas de que disponer, aunque no faltaban ofertas mas exageradas que exactas.

En Castilla la Vieja continuaba el cura Ayala eludiendo la persecucion que se le hacia, no siendo esta á veces tan activa y entendida como podia y debia serlo; los demás partidarios de la provincia de Burgos y de otras de Castilla la Vieja y Asturias, no hacian mas que irse sosteniendo, aunque en la de Zamora se presentó algo formal el movimiento, que alentó don Pedro Alvarez, nombrado comandante general de la provincia; pero su ardimiento no fué secundado. En lo que se distinguieron algunas de estas partidas, fué en incendiar estaciones del ferro-carril de Santander y del Norte.

Asturias seguia refractaria á la guerra civil: léjos de progresar las partidas, solicitaban indulto sus jefes.

Al encargarse Sabariegos de la comandancia general de las cuatro provincias de Galicia, dirigió á sus habitantes una proclama enérgica, llamándoles á las armas para defender la «santa bandera, en cuyas grandiosas ondas reflejaba la fe y la justicia, emblema de la santa causa que el rey simbolizaba.» acabando por victorear á la religion, á España con sus colonias y á don Cárlos. En otra alocucion ofreció á los soldados la licencia absoluta á la conclusion de la campaña, y á los jefes y oficiales el empleo inmediato. No produjeron resultado estas armas; vióse perseguido y batido, así como los demás partidarios, copados con sus partidas algunos, y obligado Sabariegos, jefe de todos, á refugiarse con sus hijos en Portugal, huyendo de la activa persecucion que se le hizo, y de la escasa ayuda que halló en el país, á pesar de haberle hecho concebir tan lisonjeras esperanzas.

CAPITULO III

Situacion política.—La guerra.—Estella.—Lizárraga y Santa Cruz.—Entrada de don Cárlos.—Fomento de los carlistas.

Desprestigiada la situacion republicana por sus mismos partidarios, era evidente su fin ó su modificacion al menos, y todos los partidos se aprestaban á sustituirla. No solo los alfonsinos, la misma doña Isabel se consideró capaz para hacer por sí sola la restauracion, si bien valiéndose de personajes revolucionarios, para lo cual nombró á una persona que negociara en Biarritz con el duque de la Torre, allí emigrado. Ocupóse ya algo de este asunto don Alejandro de Castro, refiriendo su entrevista con el duque, la conversacion con el señor Martos, á quien se pedia desde Madrid la venia para hacer un movimiento contra el ministerio, preguntándole si para este objeto *debían contar con el partido alfonsino*, y su reunion en casa del duque de la Torre con los Sres. Sardoal, Martos, Camacho y Ulloa, ante los que se mostró el duque obligado á sacar á España del estado en que se hallaba, para lo cual creia tener algunos medios, que se demostró luego no eran muchos; se habló bastante sin adoptarse acuerdo alguno; llegaron despues á Biarritz Cánovas del Castillo y Escobar; quisieron interesar al duque en la restauracion; se propuso, á imitacion del pacto de Burdeos contra la Commune, formar otro en Biarritz contra la república española, entre los partidos constitucional, radical y alfonsino; presentaron obstáculos, especialmente sobre lo que pudiese aprovechar á la restauracion, el duque de la Torre, Sagasta y Martos, pues las dificultades de dinero las facilitaba el portador por cuenta de un conocido habanero, muy solicitado entonces; no se aceptaron estos fondos, ni aun los que se reunieron en una especie de empréstito que se empezó á realizar, aunque no á cobrar, en la misma villa francesa; efectuóse una reunion magna de constitucionales y radicales; se enviaron mensajes, se cruzaron agentes, se señaló Lequeitio como punto de desembarque del jefe ó de los jefes de la insurreccion; se contó con algunas autoridades militares de España; supo el gobierno por una de estas la trama, que no podia ignorar, que los que andaban en aquellos tratos carecian de los elementos necesarios, y el que con mas contaba era el que menos se movia, el que menos figuraba y el que era realmente el mas temible para el gobierno; pero iba pasando el tiempo sin tomar resolucion alguna, y la elevacion de Castelar al poder depuso los temores que en los excesos de la república se fundaban; se confió en él, y esto desarmó á los que conspiraban. Castelar era una garantía de orden, una esperanza de que habria gobierno y tranquilidad, y á él se agruparon todos con mas ó menos sinceridad, si bien con la firme resolucion de ayudarle en su patriótico empeño.

Y lo necesitaba como jamás lo ha necesitado poder alguno, porque nunca se habia presentado en España insurreccion mas imponente que la cantonal; á la vez que ninguna con mas falta de pensamiento concreto, de mision política, gastando aisladamente sus fuerzas, sin unidad de accion, sin enlazar los intereses comunes de las localidades, cuidándose mas de atacar la república unitaria que de definir y formular en aceptables hechos prácticos las excelencias que tuviera su sistema;

